

bates en que sus armas habian resplandecido de gloria se encontraba próximo á los muros de Puebla. Corona, despues de haber despejado los Estados de Jalisco, Zacatecas, Michoacan y Aguascalientes, avanzaba para la cita que se habian dado nuestras tropas en las cercanías de Querétaro, plaza que habia reforzado el archiduque con sus mejores elementos. Don Benito Juarez, finalmente, habia abandonado su refugio de Paso del Norte, y venia avanzando hácia el centro con la bandera de la legalidad empuñada como siempre á dos manos, y con todas sus fuerzas.

Cada cinco ó seis dias celebrábamos el resultado de algun combate, en que habian quedado victoriosas las armas de la República, con la inquebrantable fé de los que fian á la justicia el definitivo fallo de su causa, cuando la causa es buena por todos sus costados.

En estas solemnizaciones nos ayudaba el pueblo de buena voluntad, lo mismo que los vecinos acomodados, quienes nos acompañaban por las calles victoreando á Juarez, á Corona y en último término á la República. Lo que importaba era que la independenciam de esta quedara asegurada, y nada suponiam por entónces que su nombre fuera en segundo ó tercer lugar para dar el primero á los héroes que sostenian la liza.

Se estableció, al fin, el sitio en Querétaro, habiéndose encerrado dentro de sus muros Maximiliano con sus principales jefes: allí estaban con él Miguel Miramon, Mendez, Mejía, Olvera, Pedro Gonzalez y tantos otros que se habian distinguido por su adhesion al Imperio, por su constancia en las fatigas y por su ardor en los combates.

CAPITULO XXXIV.

DESENLACE.

No habia por aquellos rumbos ninguna novedad que valiera la pena; pero en cambio, toda la atencion estaba fija en el combate ó los combates decisivos que iban á librarse en el interior entre los defensores de la República y los últimos campeones del Imperio.

No habia vez que anclara un buque en nuestro puerto, que no nos trajera la noticia de una nueva victoria, al canzada por nuestros amigos. Escobedo, Treviño, Naranjo y Pedro Martinez habian avanzado hasta la plaza de San Luis, arrollando á todos los traidores que se habian opuesto á su paso. Porfirio Diaz, acompañado de muchos jefes valientes de Oaxaca, Veracruz, Chiapas y Yucatan, despues de brillantes com-

Para nosotros, los que estábamos léjos de los acontecimientos, aquello tenia una muy alta significacion: así como Juarez, que era el jefe de la República, habia encontrado un asilo segurísimo en el Paso del Norte, así Maximiliano, que era la cabeza del Imperio, seguramente estaba allí con la confianza absoluta de que no podia ser vencido.

Esto no nos desmoralizaba: simplemente nos hacia abrigar temores, creyendo que iba á prolongarse la lucha de un modo desesperante.

Nosotros debimos creer que Maximiliano estaba seguro de salir bien de aquella determinacion, que de otra manera iba á ponerle en graves aprietos.

Los comentarios que hacíamos, aunque muy diversos, estaban fundados en alguna razon.

—Seguramente, decian algunos, Maximiliano cuenta con recibir poderosos auxilios, porque una plaza sitiada que no espera auxilio ninguno de fuera puede considerarse como dominada. La cuestion, entónces, queda reducida á estos términos: ¿de donde espera refuerzos Maximiliano? ¿Del exterior, es decir, de Bélgica ó de alguna otra parte de Europa, en donde tiene parientes? ¿Confiará en que vengan á salvarlo los miembros de su familia, algunos de los que son bastante poderosos para intentarlo, ó tendrá confianza en las fuerzas que le rodean?

—Algun plan debe existir que ni nosotros comprendemos ni nuestros generales han sospechado, decian otros de los que nos encontrábamos en expectativa, y ese plan debe ser una gran mina que va á hacer volar nuestros ejércitos.

—Lo que hay de cierto, contestaban otros, es que D. Leonardo Márquez anda espedicionando con cinco ó seis mil hombres, y Maximiliano tiene confianza en que unido aquel jefe á la guarnicion de México, se venga sobre Querétaro y acabe con las fuerzas sitiadoras.

—Si no hay algo de eso, terminábamos diciendo, si no hay tras de esos hechos que se nos refieren alguna combinacion infalible, como un milagro de esos que se llaman patentes, si el archiduque no cuenta con un auxilio sobrenatural casi, está perdido; porque nuestras tropas tienen ya sitiada á la ciudad, saben lo que se encuentra dentro, y no dejarán salir ni una mosca: tendrán muchas bajas, se harán muchos claros en sus columnas de combate; pero los Estados patriotas se apresurarán á mandar refuerzos y de hecho se están mandando todos los dias; así es que, la caida de Querétaro significará, no el aniquilamiento de un hombre desafortunado, sino que para nosotros, para nuestro país, tendrá esta más grande significacion: la muerte, y para siempre, de la idea monárquica. Una vez que sucumba el imperio, al ser derrumbados los muros de Querétaro, quedará salvada eternamente la República.

Entre estas dudas, entre estos recelos, entre estas vacilaciones, temores y sospechas, se pasaron los primeros dias del asedio, en que nos llegaban las noticias del combate glorioso de la Cruz, y de la desgraciada jornada del Cimatarío. Para los de aquel rumbo el triunfo hubiera sido más seguro y más inmediato, si Don Benito Juarez hubiera dado el mando de todo el ejército á Don Ramon Corona. Nosotros no conocia-

mos al general Don Mariano Escobedo más que por los pocos combates en que había resplandecido su nombre al nivel de los de Treviño y Naranjo. Siempre considerábamos algunas toesas más grande á nuestro caudillo de Occidente.

Yo que lo había visto de cerca, que lo había tratado y que en mi interior había disminuido su talla, confesaba, sin embargo, que podía ser el mejor capitán, porque le estaba protejiendo la fortuna. En la guerra es mucho contar con el genio guerrero y con los conocimientos militares, pero es mucho más seguro estar ayudado con una buena suerte. A Corona estaba dándole el sol de cara en aquellos momentos con todo su esplendor.

Era lo que más escozor nos daba: que estuviera mandando en jefe un general cuyos antecedentes nos eran de todo punto desconocidos. Sin embargo, nuestra posición era buena, nuestra moral estaba á mucha altura, nuestros generales jefes de divisiones y brigadas tenían un nombre que nada dejaba que desear. Allí estaban los Régules y los Riva Palacio, los Berriozábal y los Márquez de Leon; los Naranjo, los Pedro Martínez y demás leones de la Frontera que habían hecho estremecer con el fragor del combate el terreno que habían ido disputando á los imperialistas.

La situación vino á quedar despejada con el atrevido é inesperado asalto dado á la inexpugnable ciudad de Puebla, el 2 de Abril: desde el momento de ese triunfo, que fué tan glorioso como el de Zaragoza el 5 de Mayo en Guadalupe, y como el de Antonio

Rosales en San Pedro, aunque de mucho más importantes resultados, fué necesario convenir en que la situación de Maximiliano era desesperada, no pudiendo ya recibir auxilios ni de Márquez, ni de las pocas plazas en que quedaban algunas tísicas guarniciones imperialistas. Ya no había más que dos plazas que ocupar para que quedara terminada la lucha: la de México que iba á tener por defensores soldados de una tropa desmoralizada, y la de Querétaro, en donde los mexicanos que habían hecho causa común con un extranjero, tenían que saberse sacrificar con heroísmo, por vergüenza siquiera, delante de aquel testigo impertinente, que les estaba dando un terrible ejemplo.

Había, pues, que rendir primero á México, que parecía más débilmente defendido, aunque estuviera Márquez al frente de la guarnición, para en seguida presentarse toda la República en masa ante los muros de Querétaro. Nos parecía que el combate iba á quedar allí singularizado: íbamos á ver frente á frente á dos enemigos irreconciliables: á Juárez que representaba la República, frente á Maximiliano que representaba el Imperio. En este duelo singular íbamos á ver que el aire de nuestro suelo, que el soplo vivificador de nuestras montañas, que la brisa perfumada de nuestras selvas, que la luz purísima de nuestro sol, que todo cuanto aquí se respira y sirve para fortalecer, estaba dispuesto á contribuir al triunfo de la República. Esta no se encontraba sola, pues que tenía en su apoyo no sólo el aliento de todos los mexicanos, sino la vida de todo cuanto se alimenta en nuestra tierra, criada para la libertad.

Tras la noticia de la gloriosa ocupacion de Puebla, por las fuerzas que mandaba el denodado general Porfirio Diaz, y de los combates que siguieron, recibimos la noticia, que tambien aguardábamos, del cerco de México. D. Leonardo Marquez habia logrado reunir en la capital cinco ó seis mil hombres, segun se nos escribia, y con las gruesas piezas de artillería con que contaba y con las dobles murallas que se habian construido tras de los canales llenos siempre de agua, y con los otros muchos elementos que puede proporcionar la ciudad de México, debia contar con lo necesario para sostenerse, no solo por meses, sino por años, mientras los amigos del Imperio desplegaban algunos trabajos de insurreccion en los Departamentos.

Estas eran las noticias de procedencia imperialista: las que nos llegaban de procedencia contraria no eran ménos exageradas, pues que suponian al mismo Juarez mandando en jefe, componiéndose nuestras tropas de cuatro ó cinco ejércitos, que se denominaban del Norte, del Sur y de los demás vientos: nosotros, los que teniamos ideas desvanecedoras sobre la valentía de nuestro ejército de Occidente, deciamos que con él bastaba para triunfar de cualquier enemigo.

Los partes oficiales escaseaban mucho, porque nuestros generales estaban completamente entregados á las operaciones de la campaña, la cual si no era ruda tenia que ser muy estudiada, para evitar un revés que nos obligaria casi á comenzarla de nuevo, haciéndonos retroceder á nuestras costas y serranías. Una victoria de Maximiliano en Querétaro hubiera retardado su caida, siendo de todos modos insuficiente pa-

ra dar vigor al principio monárquico que era impopular. No llegándonos partes oficiales, con frecuencia teniamos que beber las noticias en las peores fuentes, como eran los informes de los pasajeros que venian á bordo de los buques que tocaban en nuestro puerto, y en los periódicos del interior, que completaban á fuerza de gritos el estrépito que hacian nuestros cañones.

Muchas veces la prensa sola ha servido para derribar á un gobierno ó para ganar una batalla, á fuerza del vigor con que suele producir su vocería; pero en aquellos momentos no podia ser escuchada por los sitiados, ni vista por los sitiadores, que eran los mejores testigos de los hechos, una vez que estaban sobre el terreno, ni servia, en realidad, más que para estar sosteniendo el espíritu patriótico de los que nos encontrábamos léjos, fortaleciendo á la vez nuestras esperanzas.

De repente esos mismos periódicos, que no por abrigar falsedades y exageraciones dejábamos de leer con interes, vinieron á decirnos que los muros de Querétaro habian caido, dando entrada á nuestro ejército. Las muy buenas y las muy malas noticias son transmitidas como el relámpago. Al lado casi de los periódicos llegaron las cartas de los amigos y en seguida las noticias oficiales muy detalladas.

Con la toma de Querétaro habian quedado prisioneros Miramon, Mejía, Mendez y demas jefes adictos al archiduque Maximiliano, que tambien entregó su espada al general en jefe del ejército de Occidente, D. Ramon Corona. Desde ese momento siguieron lle-

gando las noticias una tras otra casi sin interrupcion. El sentimiento mexicano en que domina la generosidad sin límites, se abrió paso hasta Juarez, pidiéndole con millares de firmas la vida del austriaco. Era la ley la que debía fallar, y la ley inexorable mandó que murieran los principales caudillos de aquella asonada, en que tanto tuvo que sufrir la nacion mexicana. Maximiliano y sus tres principales generales fueron decapitados á la vista del mundo entero, como convictos y confesos del delito de lesa nacion. ¿Qué tenia que esperar Márquez en México despues de la caída de Querétaro? Tambien rindieron las armas los suyos, despues que él se ocultó, y quedó concluida aquella injusta guerra de intervencion.

Nosotros celebramos este desenlace en Sinaloa, no sólo con entusiasmo, sino con frenesí, y al lado de las lágrimas que derramamos por la pérdida de tantos de nuestros compatriotas y por las últimas víctimas de Querétaro, sonó vibrante, unísono, vigoroso este grito que reasumia todos nuestros deseos y todas nuestras aspiraciones:

—¡Viva la República Mexicana!

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

ALGUNAS CAMPAÑAS.

APENDICE DE LA PRIMERA PARTE.

El autor de las memorias que se publican en *La Patria Ilustrada* con aquel título, no creyó conveniente apoyar su relacion en documentos, tanto por no hacer cansada la obra, como por no tener esta pretensiones históricas y referirse sólo á sucesos de que fué testigo presencial, reservándose, sin embargo, el estar preparado con toda clase de datos para satisfacer cualquiera duda que llegara á suscitarse durante la publicacion.

Concluida la primera parte que comprende toda la época de la guerra de intervencion en los Estados de Occidente, no ha habido más refutacion que la que nos fué enviada por el Sr. Gral. D. José López Uruga desde San Francisco, y que tuvimos cuidado de